

Lecturas

HUERTOPÍAS. ECOURBANISMO, COOPERACIÓN SOCIAL Y AGRICULTURA

José Luis Fernández Casadevante,
Kois

Capitán Swing, Madrid, 2024

384 págs.

Una cita de Friedrich Nietzsche abre este interesante y denso libro del sociólogo, activista y experto en agricultura urbana José Luis Casadevante, *Kois*: «Todo este libro no es más que una diversión al cabo de largas privaciones e impotencias, el alborozo de la fuerza que retorna, del renacer de la fe en una mañana y un pasado mañana, del súbito sentimiento y presentimiento del futuro, de aventuras inminentes, de mares que vuelven a abrirse, de objetivos que vuelven a estar permitidos y en los que volvemos a creer».

En las palabras del filósofo alemán resuenan muy bien el recorrido, los sentimientos, las vivencias, el ansia de saber y los muchos otros aspectos que construyen paso a paso, capítulo a capítulo *Huertopías*, la narración (a ratos también un poco íntima) de la vivencia por parte del autor de un periodo singular y difícil (la pandemia de la COVID-19 y el confinamiento) que se cruza con su interés por investigar y conocer qué había sucedido en torno a la agricultura urbana en ese mismo periodo como escenario privile-

giado de la efervescencia solidaria surgida para hacerle frente y que tenía en los huertos urbanos su indiscutible actor protagonista. En muchas ciudades, de hecho, estos mismos dieron de comer, sirvieron de refugio, reivindicaron y apoyaron el diseño de cadenas de alimentación alternativas, pusieron en valor la importancia de las zonas verdes de proximidad, ayudaron a que brotase una nueva sensibilidad hacia las plantas y la naturaleza, etc. Es en ese sentido que la agricultura urbana ha sido uno de los escasos motivos de esperanza y de ayuda real en un periodo tan difícil en el ámbito sanitario, pero también en el económico y social.

En ese contexto, *Kois* rastrea y recopila iniciativas de diferentes partes del mundo, incluso anteriores a la pandemia. Conversando con activistas, campesinos, y otras personas interesadas y apasionadas por el cultivo de alimentos en la ciudad, a través de este libro, articulado en torno a catorce bloques temáticos (desde el elogio de la ciudad ante la amenaza de “urbicidio”, pasando por las huertopías precisamente como manera de soñar mundos mejores y más solidarios, o los huertos como espacio de rehabilitación relacional y espacio público comestible, hasta llegar a la crítica directa del componente tecnoptimista de la agricultura en la ciudad inteligente, así como el fenómeno muy urbano de la gentrificación verde o *greentrifricación*, etc.) las personas lectoras tienen acceso a reflexiones, a un abanico amplio de experiencias inspiradoras o a ejemplos de proyectos exitosos o fracasados que

sirven para medir las potencialidades de los huertos y las experiencias sociales de agricultura urbana germinadas en los diferentes contextos (en el ámbito comunitario, vecinal, etc.) para cuidar la vida (no solo de las personas), alimentarlas, cultivar relaciones sociales, respaldar otros modelos económicos y, en definitiva, ecologizar (en sentido amplio) el funcionamiento alterado de nuestro entorno urbano de manera profunda y perdurable. De hecho, la crisis ecosocial que vivimos, que tiene impacto en muchas dimensiones de nuestro entorno y vida social, supone una amenaza sin precedentes de “urbicidio”, destrucción del entorno construido y desarticulación de las comunidades que lo habitan. Como apunta el autor al final del libro, el futuro de las ciudades no será «futurista», ni el ideado por las grandes corporaciones tecnológicas; y ante la certeza de un futuro próximo donde viviremos con menos recursos, menos energía y en entornos ambientalmente más adversos, amar las ciudades pasa por asumir las complejas y radicales transformaciones que plantea la agenda del eourbanismo, entendiendo que su resiliencia se verá condicionada, entre otras cosas, por su capacidad para conformar entornos más convivenciales y alimentarse así mismas.

Es ahí donde reposan las ilusiones del autor a la hora de mirar a un futuro, en el que la agricultura urbana se ha convertido en esa herramienta indispensable para impulsar cambios en la dirección antes descrita, aunque no siempre de manera acrítica (por ejemplo, cuando reflexiona sobre los riegos de las granjas verticales o las modalidades hipertecnológicas ligadas a otra manera de pensar la agricultura urbana, etc.). De ese modo, *Huertopías* acaba dibujando un recorrido de esperanza transformadora del espacio urbano que pasa por la metáfora de la creatividad

social, por lanzar proyectos de futuro cuando el presente se vuelve insoportable, por confiar en la capacidad ciudadana para devolver el valor de uso a espacios abandonados, por el cuidado de la naturaleza en la ciudad o en las posibilidades de relocalizar, democratizar y ecologizar los sistemas alimentarios, por explorar otras iniciativas de producción de alimentos. En otros términos, *Huertopías* nos invita a imaginar muchos de estos cambios a través de ese mapa que dibuja a través de las experiencias de agricultura urbana más inspiradoras. Huertos comunitarios, granjas urbanas, terapias hortícolas en hospitales, zonas de cultivo en escuelas o en bibliotecas, en cárceles o en campos de refugiados. Bosques comestibles, viñedos urbanos, azoteas y otras plantaciones que desafían al hambre y la desigualdad, juntan personas y movilizan comunidades, provocan cambios culturales y fortalecen el espacio público.

Un esfuerzo por anclar lo utópico a prácticas que anticipan («reactualizando el ayer y anticipando el mañana», es el inspirador título del capítulo que cierra el libro, casi a modo de manifiesto), de forma imperfecta, pero habitable, ante proyectos de ciudades más justas, convivenciales y ecológicas. Ciudades capaces casi de conformar una economía moral que sitúe el bienestar colectivo y la satisfacción de las necesidades de la comunidad por encima del beneficio individual. Al contrario, como oportunamente subraya el autor, dos siglos de fuerte capitalismo industrial no solamente han transformado radicalmente el metabolismo de las sociedades humanas generando grandes impactos sobre los ecosistemas y alterando sus ciclos, sino que han activado un violento proceso de desposesión de los comunes con una dislocación profunda de los vínculos comunitarios y de su relación con la natura-

leza, acelerando el éxodo rural y alterando definitivamente las relaciones de producción y la estructura de la propiedad de la tierra. En ese sentido, *Koís* recuerda, por ejemplo, cómo las primeras experiencias de huertos comunitarios surgen justamente como compensación por la pérdida de las tierras comunales.

Afrontar la amenaza “urbicida” pasa entonces por reactualizar el vínculo ciudad-agricultura-comunes y por pensar /construir el huerto precisamente como una infraestructura social capaz de mejorar la cohesión comunitaria con dinámicas más inclusivas y participativas, como herramienta contra la segregación, en definitiva, como semillero de esperanza ante situaciones de multicrisis que se repiten. Y, en este escenario, la agricultura urbana puede ser, como la historia demuestra, una herramienta valiosa y estratégica, que pasará a integrar el conjunto de recursos utilizados tanto por los movimientos sociales como por quienes elaboran políticas públicas. Y aquí, como se decía también anteriormente, el elemento central pasa por entender cómo la agricultura urbana puede constituir una herramienta significativa para la transformación del modelo urbano, al mismo tiempo que del sistema económico y del sistema alimentario. Un mensaje importante del libro es, por tanto, que, si bien está claro que las ciudades no alcanzarán la autosuficiencia alimentaria –ya que, por mucho que aumente la producción local, persistirán altos niveles de vulnerabilidad–, es posible reducir estos umbrales mediante estrategias adecuadas. En este contexto, la agricultura urbana cumple dos funciones principales: por un lado, contribuir a la producción local de alimentos; por otro, fortalecer los lazos sociales. Así, su capacidad transformadora no radica únicamente en el volumen de alimentos que

puede generar, sino, sobre todo, en su potencial para fomentar nuevas sensibilidades y formas de relación con la alimentación (una suerte de alfabetización agroecológica).

Los huertos podrían a funcionar como un impulso del cambio, aunque el autor tiene claro que únicamente con ellos no va a ser suficiente para resolver todos los problemas que tienen las ciudades. La clave pasa por hacer una verdadera transformación de la planificación territorial, donde adquieran protagonismo áreas diversas (y dentro de ellas la agricultura tiene un papel muy relevante y activador de procesos y personas que sería difícil conseguir desde otros ámbitos).

En definitiva, en *Huertopías*, *Koís* ofrece una reflexión lúcida y profundamente crítica sobre las posibilidades de transformación social a través de la agricultura urbana, abordando el huerto como espacio de resistencia, creación colectiva y reconfiguración de los entornos. En ese sentido, su propuesta trasciende la simple dimensión de la práctica agrícola para posicionarse como una herramienta política, cultural y también pedagógica frente a otras lógicas del actual sistema capitalista más extractivistas o ligadas a la explotación de los territorios por meros intereses económicos. A través de un enfoque interdisciplinario que mira a la ecología, al arte y el activismo, el autor invita a repensar nuestras formas de relacionarnos con el territorio y entre nosotros, proponiendo una utopía realizable desde lo cotidiano. En este sentido, *Huertopías* constituye un valioso aporte al pensamiento contemporáneo en torno a las ecologías urbanas y las prácticas emancipadoras.

«Hay un mundo donde se cultiva un huerto y un huerto donde se cultiva un

mundo»; y en *Huertopías* se «cosechan historias sobre el presente y se anticipan algunas enseñanzas consideradas útiles antes los desafíos del futuro próximo».

Monica Di Donato
Área Ecosocial de FUHEM

UTOPIÁS COTIDIANAS. LO QUE DOS MIL AÑOS DE EXPERIMENTOS PUEDEN ENSEÑARNOS SOBRE VIVIR BIEN

Kristen R. Ghodsee

Capitán Swing, 2024

376 págs.

Kristen R. Ghodsee es profesora de Estudios de Rusia y Europa del Este y miembro del Grupo de Graduados en Antropología de la Universidad de Pensilvania. En los últimos años, se ha dedicado a rastrear experimentos relacionados con formas alternativas de convivencia, de compartir nuestras propiedades o de criar a la infancia. Un trabajo que se concreta en este catálogo de proyectos basados en la vida comunitaria y destinados a paliar las crisis de nuestro tiempo: las del clima, la desigualdad, la soledad y los cuidados. Una provocadora invitación a desnaturalizar las inercias económicas y culturales que sostienen los sistemas de opresión, apostando por recuperar un impulso utópico anclado en la importancia de las transformaciones en la vida cotidiana. La iniciativa surgió al preguntarse: ¿qué sucede si los gobiernos caen en manos de líderes autoritarios contrarios a estos enfoques? ¿Y qué protagonismo podemos tener las

personas corrientes a la hora de cambiar nuestras vidas?

Las reflexiones arrancan con Alexandra Kollontai y sus conversaciones junto a Lenin, durante los primeros años de la Revolución Rusa, cuando era comisaria de Bienestar Social. Ella insistía en la idea de que, si no cambiaban las relaciones en la esfera privada, los cambios en la esfera pública no funcionarían. No le hicieron caso, fue ignorada, pero creo que estaba en lo cierto. Tiene que haber una revolución en el ámbito privado igual que en el ámbito público, cortocircuitando inercias culturales y desarrollando formas alternativas de convivir, comer, moverse, vestir, amar... puede provocar transformaciones más duraderas que algunos gestos de activismo público.

El libro reconstruye el hilo invisible que conecta formas alternativas de convivencia y de compartir recursos desde los falanstérios a las comunidades religiosas, desde las ecoaldeas a los proyectos de *cohousing*. Ahí cobra especial importancia la autonomía de las mujeres y la responsabilidad colectiva en las tareas de los cuidados, pues estas innovaciones suponen una redistribución de la riqueza, pero especialmente del uso del tiempo. En lugar de tener a una mujer en su casa haciendo todo este trabajo, hay muchas personas compartiéndolo, por lo que se reduce la dedicación exigida.

La solución conservadora es que las mujeres vuelvan al hogar y hagan este trabajo gratis. En la solución capitalista, vinculada al feminismo liberal, las mujeres deben acudir al mercado, hacer dinero y contratar a alguien más pobre para que haga estas tareas. La solución socialista plantea socializar el trabajo doméstico a través del Estado y los servicios públicos. Y existe otra solución que pasa por cooperar entre las comunidades. Reimaginar

nuestros espacios domésticos para que sean más inclusivos, permitiendo una mayor responsabilidad colectiva en las tareas de cuidados.

Frente a las epidemias de soledad no deseada y la privatización de la vida, con todos sus sesgos y carencias, el utopismo buscaba fórmulas para hacernos cargo colectivamente de nuestras relaciones de interdependencia. A lo largo de la historia siempre ha habido grupos de personas que deciden vivir juntas en comunidad, criar a sus hijos en común y compartir sus recursos. No importa si es por razones seculares, si son anarquistas, feministas o budistas, es el mismo patrón básico. Y ese patrón es transcultural y transhistórico, persiste a lo largo del tiempo, muestra que todos podríamos vivir de otra manera si decidimos hacerlo. Se encuentra en estas comunidades utópicas, pero luego hay un montón de experiencias intermedias, como los proyectos de *cohousing*.

El libro recoge distintos estudios científicos que evidencian cómo la gente que vive en estas comunidades se posiciona en niveles más elevados de bienestar personal. No es sorprendente, pues la gente que vive en comunidades intencionales o *cohousings* lo ha elegido así, por lo que describen niveles más altos de felicidad, índices más bajos de soledad no deseada y un uso más satisfactorio de su tiempo. Además, en estos proyectos suelen disponer de reglas y mecanismos para lidiar con conflictos de una manera que las familias no tienen necesariamente. Y, por último, estos proyectos son especialmente beneficiosos para las personas tímidas, pues socializan mejor en espacios intermedios y controlados, siendo plenamente conscientes de ello.

Distintos valores alternativos como la austeridad, la propiedad común y las comu-

nidades de iguales se ensayaron por comunidades religiosas acusadas de heréticas. Posteriormente fueron secularizados por el utopismo y banalizados por buena parte de la historiografía. Y sin embargo, sus aportes forman parte de los avances en distintos campos del conocimiento (urbanismo, educación, diseño...) además de ser fuente de inspiración para algunas de las políticas públicas más transformadoras.

Si tenemos cuatro grandes crisis en el mundo. La primera es la climática, la segunda es la desigualdad, la tercera es la epidemia de soledad no deseada en lugares como Estados Unidos o el Reino Unido, y la cuarta es la de los cuidados. Las comunidades utópicas existentes se hacen cargo simultáneamente de estas cuatro problemáticas. Vivir conjuntamente es mucho más eficiente en términos de ahorro económico y de reducir impactos; previene la soledad; permite reducir y afrontar en mejores condiciones la desigualdad y socializa las tareas de los cuidados. Estas formas de vida son una manera de activismo y de hacer política, y si proliferan pueden crear una increíble presión sobre el sistema. Las comunidades utópicas nos muestran un camino y nos invitan a hacer algo con nuestras vidas, algo con la potencialidad de cambiar fragmentos del mundo.

El texto reivindica el *optimismo militante* nos permite entrar en contacto con el futuro, sentir que tenemos la capacidad de intervenir en la historia, que no está escrita y es contingente; nos permite imaginar alternativas al presente, nos invita a soñar con ecotopías. Mediante este ejercicio, recuperamos la capacidad de preguntarnos «¿qué pasaría si hiciéramos esto?». Y eso nos da esperanza. La esperanza es una emoción y una capacidad cognitiva que debemos ejercitar y cultivar.

Globalmente hay una gran recesión de la esperanza y, sin embargo, es importante de cara a disputar el futuro.

Por último, frente al aburrimiento y la tristeza, los activismos tienden a ser más divertidos y disfrutarse de alguna manera. Y eso es algo que está presente en estas comunidades, donde predomina más la idea de disfrutar la fiesta, el sexo, la poesía, la música en una especie de falanstero que una aburrida y rígida vida monacal en un monasterio. Las visiones utópicas devuelven la alegría a la política.

José Luis Fernández Casadevante, *Kois*
Cooperativa Garúa y Foro Transiciones

CAPITALISMO CANÍBAL. QUÉ HACER CON ESTE SISTEMA QUE DEVORA LA DEMOCRACIA Y EL PLANETA, Y HASTA PONE EN PELIGRO SU PROPIA EXISTENCIA

Nancy Fraser

Siglo XXI, 2023

239 págs.

Es bien conocido –menos para quien no lo quiera ver– que el sistema económico capitalista tiende a la crisis, al menos desde la publicación de *El capital* de Marx hace más de 150 años. Sin embargo, desde entonces multitud de estudios e investigaciones han revelado, desde unas u otras ramas teóricas y científicas, las múltiples brechas (naturales, sociales, políticas...) generadas por el capitalismo, señalando con mayor o menor éxito, y de forma más o menos explícita, cómo estas amenazan los propios soportes vitales de la acumulación de capital. Sin embargo,

podría decirse que nadie mejor que la filósofa estadounidense Nancy Fraser ha conseguido sintetizar cómo el capitalismo mina las condiciones sociales, naturales y políticas necesarias para su propia existencia. Este libro es el mejor ejemplo de ello.

Nancy Fraser es posiblemente una de las intelectuales norteamericanas más reconocidas, destacada sobre todo por sus reflexiones sobre la justicia, aunque también conocida por su tratamiento de otras cuestiones como las relacionadas con las políticas identitarias, la globalización, el neoliberalismo o el estado de bienestar, basando sus aportaciones en la teoría crítica, la teoría feminista y el posestructuralismo. En *Capitalismo Caníbal* (Siglo XXI, 2023), Nancy Fraser ofrece una crítica profunda de la naturaleza destructiva del capitalismo, al que describe como un sistema «caníbal» en la medida en que consume y subsume bajo su lógica a otras esferas esenciales para su propia reproducción, devorando de esta forma las propias bases naturales, sociales y políticas necesarias para su propia existencia. Partiendo del análisis marxista, que desvela las «moradas ocultas» de un sistema económico basado en la explotación de la fuerza de trabajo y en la producción con fines de lucro, bajo las leyes del mercado y de la propiedad privada, la filósofa estadounidense subraya, no obstante, la necesidad de ir más allá de los modelos teóricos heredados de los siglos XIX y XX para visibilizar otras moradas ocultas que son condición de posibilidad del capitalismo. Una perspectiva que permite, por otra parte, ensanchar la idea de socialismo como forma de articular las luchas sociales en el siglo XXI, lo que implica «conectar la perspectiva marxiana con otras corrientes emancipatorias de teoría crítica: feminista, ecológica, política, antiimperialista y antirracista» (p. 45).

El punto de partida aquí es, por lo tanto, la concepción del capitalismo como «orden social institucionalizado», que confiere a la economía capitalista –cuyo motor es la acumulación de capital– el poder de alimentarse de los soportes extraeconómicos para poder funcionar. Estos soportes son la naturaleza y los pueblos subyugados, las personas que realizan trabajos de cuidados (mayoritariamente mujeres), los bienes y poderes públicos, y la energía y creatividad de las personas trabajadoras. Una idea con la que Nancy Fraser pretende remarcar la imbricación estructural en el capitalismo tanto de la dominación de género, la degradación ecológica, la opresión racial/imperial y la crisis de la democracia, como de su dinámica de explotación de la fuerza de trabajo «libre» en el ámbito productivo.

Una cuestión clave para entender este planteamiento reside en la distinción que hace y remarca la autora entre explotación y expropiación. Siguiendo la estela de Rosa Luxemburg, y un siglo después, del geógrafo David Harvey, que en ambos casos pusieron de relieve cómo el relato subyacente a la acumulación originaria de Marx no se sitúa con exclusividad en el pasado precapitalista, Nancy Fraser señala que, si la desposesión es también propia del capitalismo moderno, entonces la expropiación no puede considerarse como antítesis de la explotación como proceso distintivo del capitalismo, sino que es su condición de posibilidad. Ambos procesos, expropiación y explotación, contribuyen así, aunque de modos diferentes, a la acumulación. En el caso de la explotación la transferencia de valor al capital se da bajo la apariencia de un intercambio contractual libre; en cambio, en el caso de la expropiación «los capitalistas prescinden de esas sutilezas en favor de la confiscación brutal de los acti-

vos ajenos, por los que pagan poco o nada; al canalizar hacia las operaciones de sus empresas fuerza de trabajo, tierra, minerales o energía confiscados, reducen sus costos de producción y aumentan sus beneficios» (p. 42).

La tesis de que la expropiación no es una anomalía sino una condición estructural del capitalismo que coexiste con la explotación desafía no solo al pensamiento económico convencional, sino también a la visión tradicional marxista, que pone el foco en la explotación del trabajo libre como motor del capital. En cambio, al arrojar luz sobre las dinámicas de desposesión, esto permite poner el foco en aquello que está detrás de la «morada oculta» de la producción, resaltando así las condiciones de posibilidad de la explotación. En este sentido, Fraser apunta a tres giros epistémicos esenciales: de la producción a la reproducción social (formas de aprovisionamiento, provisión de cuidado e interacción que producen y mantienen a los seres humanos y los vínculos sociales); la anexión de la naturaleza por parte del capital tanto como fuente de «insumos» para la producción como de «sumidero» para absorber los desechos de la actividad productiva; la condición de posibilidad política (en términos de la dependencia capitalista de los poderes públicos para establecer y hacer cumplir sus normas constitutivas).

Quedan de este modo a la vista tres líneas divisorias –producción/reproducción; sociedad/naturaleza; organización política/organización económica– que conforman nuevos terrenos de contradicción más allá de las tradicionales contradicciones internas del capitalismo. Se trata en este caso de las contradicciones que subyacen a la interacción entre esferas con lógicas de funcionamiento distintas, particularmente entre los imperativos de la

acumulación de capital en la economía capitalista frente a la naturaleza, a la reproducción social o la preservación de los poderes públicos, de los cuales –en los tres casos– depende, paradójicamente, la acumulación.

A su vez, la distinción entre expropiación y explotación se corresponde con una jerarquía de estatus determinada por la división entre explotables (con derechos) y expropiables (despojados de protección política). Una línea divisoria adicional marcada por un modo específico de dominación como es la opresión racial e imperial. De hecho, a lo largo del libro, Fraser muestra como existe una vinculación inextricable entre el imperialismo y la opresión racial, por un lado, y las crisis económica, ecológica, social y política, por otro. Es decir que estas contradicciones no obran en paralelo, sino que interactúan entre sí y con las contradicciones relativas al ámbito productivo diagnosticadas por Marx.

La crisis ecológica es un buen ejemplo de la interacción entre esferas de contradicciones capitalistas. Nancy Fraser explica, en este sentido, cómo la contradicción ecológica del capitalismo no puede entenderse sin pensarla junto a la contradicción socio-reproductiva, puesto que «cuando el capital desestabiliza los ecosistemas que sustentan hábitats humanos, pone simultáneamente en peligro el cuidado y los medios de vida y las relaciones sociales que lo sostienen» (p. 142). Algo similar sucede entre lo ecológico y lo político en la medida en que son los poderes públicos los que proveen el poder jurídico y militar que habilita al capital a expropiar riquezas naturales, al mismo tiempo que es a los poderes públicos a quienes recurrimos cuando ya no es posible ignorar las amenazas ecológicas. A su vez, lo ecológico está entreverado con la división ca-

pitalista entre explotación y expropiación que, a grandes rasgos, se corresponde con la «línea mundial de color» que divide a las poblaciones entre aquellas cuyo coste de reproducción social absorbe el capital mediante el pago de salarios y aquellas otras cuyo trabajo y riqueza son incautados con poca o ninguna compensación económica. No en vano, al apropiarse de la naturaleza el capital también expropia comunidades humanas, frecuentemente racializadas, para las cuales el material apropiado y los entornos contaminados constituyen su hábitat, su medio de vida y la base material de su reproducción social. La parte desproporcionadamente alta de la carga ambiental mundial que soportan estas comunidades en favor de otras comunidades («más blancas») muestra como «la tendencia (inherente al sistema) a las crisis ecológicas está estrechamente ligada a su tendencia inherente a crear poblaciones marcadas por la raza para su expropiación» (p.144).

En síntesis, Nancy Fraser identifica cuatro esferas fundamentales canibalizadas por el capital: la reproducción social, la naturaleza, el poder político y las poblaciones racializadas/periféricas. Cada una de estas áreas constituye a la vez una condición de posibilidad y una fuente de crisis que interacciona con las demás. Así, el capitalismo tiende estructuralmente a desestabilizar o destruir los pilares que lo sostienen, generando crisis ecológicas, sociales, políticas y raciales que no pueden resolverse desde dentro del sistema.

Para ahondar en cada una de estas lógicas de dominación y tendencias a la crisis en el marco del capitalismo, se dedica un capítulo a cada una de estas contradicciones, partiendo en todos ellos de un análisis histórico. Para ello, la autora se hace eco de la metodología procedente de la escuela francesa de la regulación, en el

sentido de organizar históricamente en regímenes coherentes pero inestables, aunque ampliando la noción para incluir dimensiones no económicas. Nancy Fraser reconstruye así la historia del capitalismo como una secuencia de regímenes en los que la relación entre explotación y expropiación toma formas específicas: capitalismo mercantil; capitalismo liberal; capitalismo gestionado por el Estado; capitalismo financiarizado o neoliberal. Particularmente importante para entender los tiempos que corren, Nancy Fraser subraya cómo la financiarización ha deslegitimado las instituciones públicas (que en vez de ser un mecanismo para controlar al capital se ha vuelto su facilitador), minando la capacidad de respuesta ante las crisis sociales y ecológicas, mientras el populismo autoritario capitaliza el descontento popular.

Nancy Fraser invita así a abandonar la visión reduccionista del capitalismo como mera economía. En cambio, propone entenderlo como un sistema social total que requiere para su funcionamiento una constante canibalización de la vida humana, natural y política. No obstante, quizás sea pertinente recordar aquí que existen también importantes enfoques críticos en la disciplina económica que entienden la economía como un sistema abierto que interacciona con otros sistemas que le son esenciales para su propio funcionamiento, ya sean las instituciones sociales y políticas de toda índole (hogares, comunidades, Estado, etc.) o la naturaleza. Desde este punto de vista, la Economía Inclusiva como enfoque que pretende integrar las aportaciones de aquellas perspectivas heterodoxas que han ido arrojando luz sobre cada una de estas interacciones específicas (economía ecológica, economía feminista, economía política (en sentido amplio), etc.) parece estar en plena sintonía con el

planteamiento que hace Nancy Fraser y del que, a su vez, puede nutrirse.

Lo que es indudable es que el análisis de Nancy Fraser ofrece una crítica multidimensional que entrelaza perspectivas marxistas, feministas, ecologistas, antiimperialistas y antirracistas de forma esclarecedora. De ahí que, frente a un capitalismo que hoy explota y expropia de Sur a Norte global, Fraser apunta a la posibilidad de una alianza emancipadora entre las diferentes gramáticas de lucha. Una propuesta ambiciosa que exige reorganizar las luchas en torno a una crítica común de fondo: la abolición del orden social caníbal.

José Bellver
Área Ecosocial de FUHEM

BREVIARIO DE ECOLOGÍA LIBERTARIA

Carlos Taibo

Catarata, Madrid, 2024

158 págs.

El apagón que dejó sin luz a toda España y Portugal el pasado 28 de abril de 2025 evidenció la dependencia eléctrica de buena parte de nuestra tecnología (tanto medios de transporte como móviles, cocinas eléctricas, y un largo etcétera) en la actualidad. Un escenario que hizo pensar a mucha gente qué pasaría si se diera un colapso. Carlos Taibo sostiene que el colapso es una situación probable y creíble, que se daría como «un golpe muy fuerte que trastoca muchas relaciones, de irreversibilidad del proceso consiguiente, de las profundas alteraciones en lo que se refiere a la satisfacción de las necesidades básicas, [...] de la reducción del tamaño de la población humana, de una

pérdida de complejidad en todos los ámbitos» (pág. 12). En *Breviario de ecología libertaria* el profesor jubilado de la UAM recoge varias de las discusiones surgidas en los últimos tiempos respecto a la ecología. Lo hace desde una perspectiva libertaria amplia, situando los principios de autogestión y apoyo mutuo en primer plano. El libro de Taibo versa, en última instancia, sobre el eventual colapso climático, tratando de desmitificarlo, y sobre las diferentes disputas surgidas en torno a él, como las relativas al decrecimiento, al mundo rural, a la lucha de clases, al ecofeminismo o a la Agenda 2030.

Carlos Taibo (1956) es un reconocido activista y escritor español, que ejerció como profesor de ciencia política en la Universidad Autónoma de Madrid. Experto en anarquismo, ecologismo y la Unión Soviética, es autor de multitud de libros en castellano y galego-português, entre los que destacan *En defensa del decrecimiento* (Catarata, 2009), *Colapso* (Catarata, 2016), *Anarquistas de ultramar. Anarquismo, indigenismo, descolonización* (Catarata, 2018), *Decrecimiento. Una propuesta razonada* (Alianza, 2021) y *Ecofascismo. Una introducción* (Catarata, 2022). Su última obra publicada es *Anarquismos para jóvenes* (Catarata, 2025).

En *Breviario de ecología libertaria*, el eje principal de Taibo es la defensa del decrecimiento desde una postura libertaria, autodefiniéndose como *libertario decrecentista*. Con *libertario* el autor refiere a aquellas personas que, habiendo leído o no los clásicos anarquistas, «reflejan un compromiso espontáneo con la causa de autogestión, democracia y acción directa y apoyo mutuo» (pág. 6). Sin embargo, sostiene que el anarquismo clásico no se ha ocupado generalmente del ecologismo y, dado que vivimos en un planeta cuyos recursos son finitos, el crecimiento ilimitado

es insostenible. Considera necesario adoptar una postura decrecentista que abogue por una reducción consciente de la producción y el consumo en el Norte global.

Rechaza las soluciones institucionales a la crisis ecosocial, como la Agenda 2030 y la renta básica, ya que considera que esta clase de propuestas, aunque bien intencionadas, pueden ser cooptadas por el sistema capitalista y utilizadas para perpetuar las desigualdades existentes. Además, sostiene que pueden ser incompatibles con los presupuestos libertarios: «lejos de encarar la resolución de los grandes problemas económicos, sociales y ecológicos, tienen una rotunda dimensión de lavado de cara de una realidad que está en el origen de esos problemas» (pág. 66). Al respecto señala que la renta básica precisa de una estructura estatal fuerte para su implementación y que su finalidad es mantener o aumentar el consumo. Asimismo, su aplicación estaría limitada a los países más ricos, lo cual entra en tensión con los principios libertarios de autogestión y descentralización.

En esa misma línea, critica las tecnologías, y en concreto a los *tecnófilos*, declarando que «las tecnologías en modo alguno son neutras, de tal suerte que quien piense que al efecto lo único importante es quién las dirige se está engañando» (pág. 74) y que su desarrollo y aplicación contribuyen a las estructuras de poder ya existentes. Además, advierte del peligro de la esperanza en la tecnología como la única posible salvadora del colapso y las posturas en favor del crecimiento, aun por medio de las denominadas tecnologías verdes, puesto que pueden dar cabida a derivas que denomina *ecofascistas*. Afirma que las energías renovables no son una solución tan positiva como se publicita, porque depen-

den de las tierras raras, y acaban perpetuando la conducta colonialista que practican grandes empresas adquiriendo terrenos mediante la expropiación o las presiones y amenazas. Si la transición ecológica se lleva a cabo con una postura capitalista y colonial, donde solo se considera el interés económico, no se estaría velando por el bien de la población. Las renovables suponen una mejor solución que las fuentes de energía fósiles, no cabe duda, pero hay mucho que matizar respecto a que sean la gran solución.

Taibo mantiene que debemos practicar una «ecología desde abajo», basada en el comunitarismo, la autogestión y el apoyo mutuo. Para esta práctica considera necesario un rechazo o desconfianza en las instituciones y en la tecnología, unido a una *rerruralización* de la sociedad y a optar por la autonomía local. El autor muestra que se han dado momentos en la historia donde las sublevaciones de ciertas comunidades frente al poder han dado lugar a relaciones de apoyo mutuo, como la rebelión bagauda, las colectivizaciones durante la Segunda República y la Guerra Civil española, el caso de Rojava (la comunidad kurda en el norte y este de Siria) o las comunas zapatistas en México. Incide también en el debate sobre ecología en el escenario francés, destacando la gran cantidad de publicaciones al respecto y el movimiento anarcosindicalista Les Soulèvements de la Terre.

Además, introduce un enfoque interseccional: sostiene que el ecologismo no debe distanciarse de otras luchas ya que, ante una situación de colapso, los secto-

res sociales más precarizados serían las que tendrían menor posibilidad de supervivencia (sobre todo personas racializadas, mujeres y pobres). Por ello, sostiene que debemos apoyarnos en el anarcofeminismo –puesto que «los escenarios característicos del colapso y del ecofascismo plantean horizontes muy delicados para las mujeres, de la mano de una degradación de todas las relaciones en los terrenos de la violencia, del trabajo y de la deuda» (pág. 59)–, el antirracismo y el anticolonialismo.

Con respecto a cómo comunicar el colapso como realidad probable y creíble, Taibo defiende la divulgación crítica y denuncia el papel de los medios de comunicación, a los que denomina «medios de incomunicación», por su contribución a la desinformación y la manipulación, perpetuando narrativas que benefician al sistema capitalista y obstaculizan la toma de conciencia sobre la crisis ecológica. El autor secunda la creación de medios alternativos que promuevan la autogestión y el pensamiento crítico.

Es necesario, pues, tomar «la normalidad presente (pág. 151) como un sistema injusto y ecológicamente insostenible. Sin caer ni en una postura optimista ni pesimista, optando por hablar con claridad, Taibo advierte de la dureza de lo que nos espera y nos ofrece una propuesta alternativa ante el colapso, el cual, señala, quizá pueda ser el origen de una sociedad mejor.

Lucía Andrinal y Estefanía Sánchez
Grado de Filosofía,
Universidad Autónoma de Madrid